



LA ILUSTRACION POPULAR ECONÓMICA

DE VALENCIA.

10 de Enero de 1880.

DISCURSO

DEL SUMO PONTÍFICE

al Sacro Colegio de Cardenales
el 21 de Diciembre de 1879, contestando al
Mensaje del Cardenal Decano, Di Pietro.

«Aceptísimas sobre todas Nos son las felicitaciones que, también este año, con motivo de la fiesta de Natividad, nos ha expresado el señor Cardenal en nombre del Sacro Colegio: inspirándose en los sublimes conceptos de la paz cristiana. Seguramente Nos no podremos recibir anuncio más grato, ni deseo más propio de tan alegre solemnidad, ni mayor beneficio para las necesidades de esta edad nuestra, que el de la paz. Dado que el divino Redentor, llamado por excelencia el Rey pacífico, el Príncipe de la paz, escogió para su Nacimiento, en la ordenadísima serie de los tiempos, el instante en que la tierra, callados los

guerreros estruendos, reposaba tranquila, y de las regiones angélicas hizo anunciar su venida al mundo como señal y portadora de la paz. Si otras veces se sintió la necesidad de semejante paz, hoy también se experimenta vivísima, como el señor Cardenal oportunamente recordaba ahora.

»Hoy realmente la Iglesia es fieramente combatida en sus doctrinas, en su autoridad, en su misión providencial en el mundo; hoy la civil sociedad, arrancados de raíz los primeros fundamentos de todo orden, está minada por intestinas y profundas discordias, y por obra de personas malvadas y audaces está amenazada de total ruina; hoy, finalmente, la familia siente aflojarse los vínculos de la estabilidad y la concordia entre los cónyuges, de la sujeción en los hijos.

»Vuelve á ser, pues, bien celebrada y muy oportunamente para alentar nuestros ánimos agitados y reavivar las comunes esperanzas, la memoria del Nacimiento del Señor, con

el cual, segun el profético oráculo, habian de aparecer sobre la tierra la justicia y la abundancia de la paz: *Orietur in diebus Ejus justitia et abundantia pacis*. Y ciertamente, El solo puede darla verdadera é íntegra, esto es, paz fundada, como debe serlo, en el orden, en la verdad y en la justicia; y la Iglesia católica, á quien el Redentor hizo Esposa suya, y constituyó maestra de la verdad, custodia y juez de lo justo, es por eso su más fecundo manantial y su mas segura defensa. Ella, pues, posee en su mejor parte esta paz, y siempre la goza, manteniéndose indisolublemente unida á su Divino Esposo, que siempre la conforta, y la asegura, aún en los dias en que se desencadena furiosa la tormenta, y el infierno se levanta contra Ella.

»Es espectáculo consolador y sublime que nos sea dado ver y admirar ahora, en medio de la desorganizacion civil, que la Iglesia católica conserva intacto el precioso tesoro de su unidad, y la concordia del Episcopado de todos los reinos y de todos los países con la Sede Apostólica, como se manifiesta refulgente con la más espléndida luz la union del Clero y del pueblo con sus propios pastores. En vano intentan con su ingénio romperla ó perturbarla los enemigos de la Iglesia, que sus artes, á Dios gracias, se desploman, y nos sirven para unir así más estrechamente, con los dulces vínculos del obsequio y del amor, rebaños y pastores al Pastor supremo y á la Sede Apostólica.

»Rica con este tesoro, y llena de la más suave caridad, la Iglesia católica desea hacer gustar á los otros los frutos preciosos de su paz, y á ejemplo de su divino Autor, miéntras permanece firme defendiendo constantemente las sacrosantas razones de la justicia y de la verdad no cede á los

halagos ni á las amenazas de quien quiera que sea. Cual madre amorosa vá al encuentro de los hijos extraviados, y ofrece sus dones y la salud á sus propios enemigos. Y Nos que, por secreto arcano de la Providencia, hemos sido llamado el gobierno de toda la familia cristiana, velaremos siempre con mas solicitud, ayudado de la divina gracia, por la defensa y la tutela de los derechos temporales y espirituales de la Iglesia y de la Sede romana, á cuyo servicio hemos consagrado nuestras pobres fuerzas y la misma vida.

»Pero compadeciendo al mismo tiempo á los que yerran, y sumamente deseoso de que aún esos vengan á participar de los beneficios rescatados en la tierra del Redentor, les abrimos los brazos con apostólica caridad, invitándoles á volver á El. En El, los corazones agitados y corrompidos encuentran la tranquilidad y la salud; en El, los entendimientos extraviados por el error, nutridos por una ciencia bastarda, se elevan á la luz de la Evangélica doctrina, y de aquella ciencia verdadera, que se deriva de Cristo, autor de la naturaleza y de la gracia, y que con las luces de la razon y de la fé admirablemente se aventaja.

»Y con los más vivos sentimientos del alma damos gracias al Señor de que Nuestros esfuerzos no hayan sido estériles; puesto que Nuestra palabra, últimamente dirigida á todos los Obispos del orbe, reclamando en honor de las escuelas la cristiana filosofía, fué en todas partes acogida con obsequio concorde, y con la mejor voluntad del episcopado, á cuya voz se unió tambien hace poco la de todo el Sacro Colegio. Y esto Nos consuela grandemente, y es causa de que esperemos bien de la suerte de la sociedad, pues que volviendo á Cristo, y caminando sobre las huellas de la verdad y de la

usticia, verá reconciliarse en amistad los ánimos, extinguirse las iras y discordias, y todo el mundo, llamado por Cristo á nueva vida, se regocijará otra vez con la belleza y alegría de la paz. *Deletabitur populus in pulchritudine pacis.*

»Con estos sentimientos, á la vez que atestiguamos de nuevo al Colegio de Cardenales Nuestro agradecimiento por sus felicitaciones, dirigimos á Dios los mas ardientes ruegos por la incolumidad y prosperidad de todos los miembros del Sacro Colegio. Y en prenda de Nuestro particularísimo afecto, de lo íntimo del corazón les concedemos, así como á todos los presentes, la Bendición Apostólica.

«*Benedictio*, etc.»

ENERO.

Primer mes del año. Llamábase *Januarius* entre los latinos: derivándose su nombre de la palabra latina *Janua*, que quiere decir puerta: pues siendo Enero el primer mes, es propiamente el que abre la puerta al año. Así algunos autores, entre ellos el Venerable Beda.

Segun otros, siendo uno de ellos el insigne valenciano Luis Vives, el nombre *Januarius* viene de *Janus*, el Dios Jano á quien estaba consagrado el mes.

Es de notar que los latinos representaban á Jano con dos caras, una detrás, como mirando al año que se vá, y otra delante, mirando al año que principia. Siguiendo esta etimología, Ciceron y otros llamaron á Enero *Janualis*, palabra que significa cosa perteneciente á Jano.

El mes de Enero lo mismo que el

Febrero fueron añadidos al año por el rey Numa Pompilio, pues Rómulo solamente habia dividido el año en diez meses, empezando en Marzo.

Para los católicos tiene el mes de Enero festividades muy solemnes. La Circuncision del Señor, la Epifanía, la fiesta del dulce nombre de Jesus, la Catedral de San Pedro en Roma y otras festividades llevarán dulcísimo consuelo al corazón de los creyentes en este mes. Tiene además para los valencianos el interés de la fiesta de San Vicente Mártir, que regó y ennoblecio con su sangre las calles de nuestra ciudad querida. Y en el presente año celebramos ya en Enero la Dominica de Septuagésima, primer aviso del santo tiempo de penitencia y de la proximidad de la Cuaresma.

El Director y Redactores de «La Ilustracion Popular» desean á todos sus lectores que empezando bien el Enero concluyan el año, ó llenos de gracia acá en la tierra, ó llenos de gloria allá en el cielo.

PINACOTECA.

(CUADRO 1.º)

LA PAZ DEL HOGAR.

Magnificavi.... homo
qui jucundatur in filiis. (1)
ECCLES. XXV. 10.

Del negocio, el esposo
Está en casa de vuelta,

(1) Es dichoso... el hombre que se goza en sus hijos, cuando vé que son temerosos de Dios.

Y sin quitarse el palio
Cave la mesa, con mantel, se sienta.

Del padre á la llegada,
El pequeño despierta
Y aun sin vestir, le toma
En las rodillas, y hácia sí lo estrecha.

Con el estylo férreo,
En la tabla de cera,
Junto á él, el primogénito
Ya va ensayando á combinar las letras.

En su hombro como un báculo
Tiene el padre la diestra,
Y cuando con los ojos
Fluctuando pregunta, se lo enseña.

El más tierno en la falda,
La esposa les contempla
Dále leche á sus pechos
Y diera á todos sangre de sus venas...

Qué atmósfera tan pura!
Qué luminosa aureola!
Qué expansion en los pechos!
Qué alegría en el rostro reverbera!

El ángel de los lares
Ciérnese en torno y vela,
Preludiando en la lira:
Dichoso el que en sus hijos se deleita.

(CUADRO 2.º)

EL CAMINO DE LOS PECADORES.

Via peccantium compla-
nata lapidibus, et in fine
illorum inferi... (1)
ECCLES. XXI, 11.

Coronada de yedra,
Y desceñido el seno,

(1) El camino de los pecadores está pavi-
mentado de piedra, mas su fin infierno....

De entre los torpes brazos jadeante,
Cae, y rueda la copa por el suelo.

Gozosa otra golpea
La alegre pandereta, y el mancebo,
Festivo tirso al agitar, se apoya
Sobre el hombro de espuma ante el
(averno.

La piel de tigre al brazo
Marcha desnudo lúbrico mancebo,
Escanciando la copa de la infame
En jarro etrusco de ambrosía lleno.

Tras ellos vá la Envidia,
De ojo receloso y diente negro,
Agitando su tea la Discordia
Y homicida puñal la Ira blandiendo.

Por sendas escabrosas
Se entran de las cavernas en los senos,
Y á tientas tras placeres tenebrosos,
Ván al abismo al son de los panderos.

JOSE ARROYO, PBRO.

(Se continuará.)

LOS CATÓLICOS Á LA MODA.

Gran siglo de libertades y progreso
llaman muchos al actual. ¡Gran siglo
de exacciones y cesarismo! diria yo
con mas verdad.

Siglo que por tener casiques y dés-
potas, los tiene hasta inanimados.
¿Quereis mayor despota que la moda?
¡A cuántos miserables hace parecer
potentados! ¡A cuantos ricos hace ver-
daderamente pobres!

Los ajentes de esa czarina en todas
partes se entrometen. A todos y todo
lo uncen á su capricho.

Invadió la politica, y apoderándose
de ella, se apoderó de los Estados.

Grandes y pequeños, pobres y ri-
cos, todos rinden vasallage á esa ine-

xorable deidad. El que no la adora se pone en ridículo.

—¿Qué mayores motivos de la boga que han alcanzado esas doctrinas tan absurdas como inmorales, tan irracionales como onerosas que constituyen la moderna civilización?

—¿Cómo se comprendería sin la esclavitud de la moda, que la generalidad, la inmensa generalidad de las medianías que contribuyen al sostén y aplicación práctica de esas doctrinas, á pesar de haber conocido la maldad que envuelven y el desastroso fin que se proponen, no se atrevan á desechárlas salvando su buena fé y con ella su honor de ciudadanos y de católicos?

Para desengañarse de las ideas de los modernos *ilustradores* solo se necesita un poco de sentido común y algo de buena voluntad. Para seguir teniendo en ellas esperanza, es indispensable un cachito del presupuesto ú otro medio de hacerlas productivas.

—¿Con cuánta frecuencia se ven gentes, que fanáticas en su juventud, por todas esas sangrientas farándulas liberalescas; llegados á la edad madura afrentanse de su anterior conducta!

—¡¡¡Qué mentiras, Señor, que mentiras, dicen, todo aquello de la Igualdad, y de la Libertad, y de los ríos de leche y miel por todas partes!!!

¡¡¡Pero Señor, si todo se ha reducido á desmoralizar y á destruir!!! ¡¡¡Si hemos ido de mal en peor siempre!!! ¡¡¡Y yo he contribuido á todo eso!!!

Pero cuidadito, que no nos oigan. Esto solo se puede confesar entre unos pocos amigos y cuidando que no trascienda al público.

—¿Qué se diría de mí, tan amigo que he sido de la ilustración y del progreso de moda?

No queremos seguir contribuyendo á tanta desdicha, no queremos ser

cómplices de tanta infamia; queremos morir en la fé de nuestros padres.

—¡Ah! ¿Sois católicos? Bendito sea Dios.

—Sí católicos, pero dejad que al menos nos llamemos también liberales. Nos pondríamos en ridículo.

—¡Ah! ¿Conque en ridículo? Es decir que adoptais ese calificativo sin mas que por no dejar de seguir la moda.

—Sí, porque no nos crean ignorantes. ¡Está tan en moda llamar retrógrados, oscurantistas, ultramontanos clericales, y qué sé yo cuantas cosas mas, á los que no alardean de ser ilustrados á la moderna!

—¡Ay! Conque os dá cuidado que os apliquen esos calificativos que os distinguirían de los modernos vándolos!

—¡Conque teneis el servilismo de seguir lo que conoceis que es malo, solo por miedo al ridículo de la moda! ¡Vayan unos hombres libres!

—¡Conque temeis que os tengan por oscurantistas, y seguis la ilustración que lleva á las *hazañas* de la Comuna!

—¡Conque quereis ser ilustrados y católicos y vuestra ilustración peligra con solo que haya cuatro palabreros que os llamen oscurantistas y retrógrados: y vuestro catolicismo se espeluzna de que se os tilde de papistas y clericales por unos cuantos impíos ó ateos!

—¡Vaya una ilustración y un catolicismo! Este siglo así como tiene sus señores y sus personajes *hechos de prisa* así tiene sus sabios hechos también de prisa.

Libreme Dios de haceros la injusticia de suponer que tengais siquiera sea *sindéresis* ni sentido común. No sois mas que verdaderos ignorantes y oscurantistas á macha martillo.

—¡No sabeis siquiera que Jesucristo nos ha dicho, que no reconocerá de-

lante del Padre Celestial, á los hombres que tengan vergüenza de reconocerlo á El ante los hombres!...

¡Qué habeis de saber, si además de verdaderos retrógrados, no sois mas que viles adoradores de la moda que se os ha impuesto por los pulichimelas de la civilización modernál

ECOS DE UN SOLITARIO.

EL VÉRTIGO.

Poema de D. Caspar Nuñez de Arce.

Toda la prensa de Madrid ha hecho grandes elogios de este nuevo poema de Nuñez de Arce, que con gran entusiasmo del público ha leído varias noches en el teatro Español el reputado actor D. Rafael Calvo. Esta lectura fué mas bien declamación, pues se preparó la escena, con el decorado y los personajes propios del caso, y el Sr. Calvo recitó el poema, como actor que representa una escena dramática.

Hé aquí un extracto de esta creación poética:

Reunidos están en la sala de honor del castillo los nobles señores y su servidumbre. Chisporrotean los troncos bajo la ancha campana de la blasonada chimenea; al amor de la lumbre dormita el sacerdote, y el lindo pajeillo sobre las rodillas de la dama. La dueña pasa las cuentas de su rosario metida en la penumbra, y en un rincón acicalan y bruñen espadas y cascos los escuderos. La luz de la lámpara y las centellas del fogón quíébranse en las panoplias, y parecen moverse á impulsos de la tormen-

ta exterior los vidrios emplomados del ventanal bizantino.

Es larga la noche, como de invierno, y para entretener la velada, escuchan los severos castellanos el relato de un juglar, de un soldado ó de un huésped que ha asistido, pocas noches há, á una catástrofe inaudita.

Oigámosle:

Guarneciendo de una ría
La entrada incierta y angosta,
Sobre un peñón de la costa
Que bate el mar noche y día,
Se alza gigante y sombría
Ancha torre secular
Que un rey mandó edificar
A manera de atalaya,
Para defender la playa,
Contra los riesgos del mar.

Cuando viento borrascoso
Sus almenas no conmueve,
No turba el rumor mas leve
La majestad del coloso.
Queda en profundo reposo
Largas horas sumergido,
Y solo se escucha el ruido
Con que los aires azota
Alguna blanca gaviota
Que tiene en la Peña el nido.

Mas cuando en récia batalla
El mar rebramando choca
Contra la empinada roca
Que allí le sirve de valla;
Cuando en la enhiesta muralla
Ruge el huracan violento,
Entonces, firme en su asiento,
El castillo desafía
La salvaje sinfonía
De las olas y del viento.

Ruge en esa torre pasión furiosa. Es la de un hombre que encerró á su hermano en horrible calabozo. Lo saca al campo. Arrastrado por la envidia, empujado por la venganza, quiere realizar un crimen. Propone á su hermano un duelo y su hermano

se niega. Entonces lo mata con la mayor crueldad, y los fantasmas lúgubres del remordimiento persiguen al fratricida.

Hé aquí la descripción de una hermosa noche:

«Una noche, una de aquellas
Noches que alegran la vida,
En que el corazón olvida
Sus dudas y sus querellas;
En que lucen las estrellas
Cual lámparas de un altar,
Y en que, convidando á orar
La luna, como hostia santa
Lentamente se levanta
Sobre las olas del mar ...»

Es magnífica la manera de pintar la muerte del infeliz, y los terrores que rodean y postran al fin al asesino:

«Su razón se turba, un velo
De sangre anubla sus ojos,
Y cubren vapores rojos
El mar, la tierra y el cielo.
Con acongojado anhelo
Lanza un grito de agonía,
Y huye como res bravia
Cuando de pronto á su oído
Llega el ardiente latido
De la famosa jauría.

¿Cómo expresar el horror
De aquella escena de muerte?
La víctima yace inerte
A los pies del matador.
Con su pálido fulgor
La luna alumbra al caído;
El lebrél, enardecido.
La hirviente sangre olfatea,
Y se revuelve y rastrea,
Y rompe en lúgubre aullido.

Don Juan se detiene adusto,
El asombro en él se pinta,
Y la espada en sangre tinta
Cae de su puño robusto.

Los ojos vuelve con susto,
Horror se inspira á sí mismo,
Y cercano al paroxismo
Se retuerce y desespera
Como si rodando fuera
Hacia el fondo de un abismo.

Corre, corre, y corre en vano,
Porque cuanto mas avanza
Mas cerca á mirar alcanza
El cadáver de su hermano.
No encuentra término al llano,
Y ve con ánsia cruel
Los ojos del nuevo Abel
De eterna sombra cubiertos,
Siempre fijos, siempre abiertos,
Siempre clavados en él.

Nunca el torpe matador
De su víctima se aleja,
Y el miedo ver no le deja
Que va de ella en derredor.
Al fin recoge el traidor
De sus maldades el fruto:
Que á veces Dios, en tributo
A su justicia ofendida,
Todo el dolor de una vida
Reconcentra en un minuto.

Precipitase sin tino,
Y aumentando sus terrores,
Los espectros vengadores
Le acosan en el camino.
Gira como un remolino
Sin detenerse jamás,
Y va ciego, y cuanto mas
Huye, ve mas espantado
El cadáver siempre al lado
Y el lebrél siempre detrás.
Nada su pavor mitiga,
Y su marcha abrumadora
Se prolonga hora tras hora
Sin ceder á la fatiga.
Su propio crimen le ostiga
Con creciente frenesí,
Hasta que fuera de sí,
Crispado, lívido, yerto,
Se desploma junto al muerto
Gritando: «¡infeliz de mí!»

Cuando su manto repliega

La triste noche sombría,
Tres muertos alumbra el día
En la solitaria vega;
D. Luis que en sangre se anega
Y yace en tranquilo sueño.
D. Juan cuyo torvo ceño,
Muestra su angustia final,
Y el lebrél noble y leal
Tendido á los piés del dueño.

—
¡Conciencia, nunca dormida,
Mudo y pertinaz testigo
Que no deja sin castigo
Ningun crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida:
Mas ¿quién sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
Que, á solas con el pecado,
Fueses tú para el culpado
Delator, juez y verdugo.»

—
Así termina el poema del Sr. Nuñez de Arce.

PEDRO Y CECILIA.

—
(CONTINUACION.)

II.

Mientras que la señora de Formentin llegaba á todo vapor á casa de su sobrina, los jóvenes esposos estaban reunidos en el interior de su solitaria morada. Pedro leía su periódico al lado del fuego. Cecilia hojeaba un álbum junto á una ventana; ámbos parecían preocupados sino tristes, serios sino incomodados. El vientecillo del invierno bramaba en lo alto de la chimenea, y la péndula del antiguo reloj oscilaba con una monotonía agoviante: ningun otro ruido turbaba el silencio, cuando Pedro exclamó:

—¿Nieva aun, querida?

—Mucho, contestó Cecilia: toda la llanura está blanca, ya no se distinguían los caminos si las manadas de cuervos no fueran á posarse en las carriladas. Es un hermoso cuadro que inspira gusto á la vida campestre.

—¡Lo dices de una manera, Cecilia! ¿Es que te aburres aquí?

—De fijo: y lo dudas tú? sería preciso ser el abuelo de Matusalen para quejarse aquí en vuestro castillo.

Anublóse la frente del señor de Vernes que volvió á continuar su lectura. Un momento despues intentó reanudar la conversacion.

—Querida mia, dijo, ¿me parece que hace humo la chimenea?

—No lo habia notado, pero puesto que tú lo dices, lo creo; contestó la jóven con laconismo; y volvió á hojear su álbum, como queriendo cortar la conversacion.

Pedro estrujó su diario, reprimió su despecho y añadió:

—¿Sabes, mi buena Cecilia, si han arreglado mi gabinete? He encargado esta mañana que hicieran algunas inovaciones, y cambiar la alfombra...

La señora de Vernes arrojó el álbum y exclamó con despego:

—Está nevando... la chimenea humea... ¿han limpiado el polvo de mi sala?... No sale V. de ahí. Tiene Usted una conversacion de las mas interesantes.

Pedro impacientado arrojó su periódico sobre el álbum.

—¡Ah! Señora, ¿qué quiere V. que yo la diga? Yo soy un hombre muy sencillo, muy sincero, y yo no puedo seguirla á V. por las regiones á que V. se eleva continuamente. Durante muchas semanas he respetado las ilusiones de V. y finjido participar de sus falsas ideas. Me he equivocado, me arrepiento y estoy al final de mi papel. La vida no puede pasarse des-

hojando margaritas y á caza de ilusiones. La poesía es muy hermosa, pero á su lado hay mucha prosa, una casa que gobernar, criados que vigilar, cuentas que examinar. Nada de esto hay en casa de la señora Formentín: allí se vive como en sueños, se alimentan de perfumes, se embriagan con humo, y se cree que el papel de una jóven se parece al de una diinidad india.

La señora de Varennes levantó la cabeza con dignidad.

—Podría V. emplear su elocuencia en otro asunto, y no en poner en ridículo á mi tía, que ha sido persona muy apreciada en sociedad y muy admirada.

—¿Muy admirada? salvo el respeto debido, creo que los admiradores no existían mas que en su imaginación. Cecilia se mordió los labios.

—V. confunde á la señora de Formentín con la Belisa de las mujeres *sábías*; dijo ella con aspereza.

—No, por cierto, conozco muy bien la diferencia. Quería decir solamente que la tía de V. como otras muchas, se lo creen demasiado. No es cosa tan fácil como suponen esas hermosas señoras de mundo, eso de subyugar los corazones, y cualquier coqueta, que atribuía á sus encantos un poder maravilloso, se quedaria muy sorprendida si llegara á saber lo que piensan de ella aquellos mismos á quienes ha pensado petrificar de admiración. Pero nosotros nos alejamos de nuestro asunto, querida mía. ¿Qué nos importa á nosotros todo eso? Si mi Cecilia no es aun una completa ama de casa, al menos no es una coqueta y no lo será jamás; ella no pretenderá agradar á nadie mas que á su marido...

—Sin duda alguna, pero tú sabes, Pedro, que puede una agradar sin

ser coqueta y estar rodeada de obsequios sin haberlos deseado...

—¿Qué quereis decir con eso, querida mía? Efectivamente que una mujer virtuosa, una buena madre de familia merece la estimación, el respeto y hasta la veneración. Esto es lo que tú quieres decir; así quiero creerlo al menos.

La señora de Varennes no contestó: un criado entró un telegrama de la señora de Formentín. La señora tía participaba que á las seis de la tarde llegaría á la estación mas próxima al castillo.

—¡Qué dicha! exclamó Cecilia, iré á la estación á recibirla.

—Yo te acompañaré, dijo Pedro, y podríamos ir á arreglarnos para llegar poco antes que el tren: tengo que hablar con el alcalde del pueblo, pasaré por su casa si tú quieres esperar-te un poco en la estación.

La señora de Varennes miró el reloj.

—Vamos pues, no tengo tiempo mas que para vestirme, dijo ella. Iremos en carruaje, me parece que mi tía se encontraría muy mal en el trineo.

—Efectivamente.

La señora de Varennes subió á su habitación, llena de alegría, su frente se habia serenado así que habia sabido la próxima llegada de su tía.

—Dáte prisa, Lydia, dijo á su camarera. Aparta en seguida las cortinas de las ventanas; la claridad que queda ya es tan poca!...

Esta habitación tenía vistas sobre el Sena que, por esta parte, lamía las paredes del castillo. En otro tiempo los jóvenes esposos venían con frecuencia á asomarse á estas ventanas, para pescar al bolantín y arrojar flores que arrebatava la corriente; pero Pedro habia perdido la afición á la pesca del bolantín, y se sonreía con aire de lástima cuando se le proponía

ir á hacer círculos en el agua, de suerte que Cecilia había tomado rabia al Sena y tenía continuamente serradas sus persianas.

Lydia se dió prisa á obedecer y tenía con las dos manos cogidas las cortinas, pero en vez de recorrerlas hizo un ademán de sorpresa y dejó caer aquellas telas de seda. Acababa de ver por el rio, delante de las ventanas una barca conducida por un jóven que luchaba contra el viento y la corriente para sostener en aquel sitio, su débil esquife.

—Señora, dijo, contestando á una mirada de su ama, es ese caballejo que ronda continuamente al rededor del castillo. Mírelo V. en ese bote ahí enfrente... y tan cerca... quiere impedir que su barca siga la corriente y es difícil porque el viento se la lleva. Y está mirando á estas ventanas que las devora con su mirada... Ah! hoy lleva un compañero, cosa mas estraña! pues siempre se leve solo. Yo me pregunto, ¿qué puede hacerse sobre el Sena en un tiempo como este?

Cecilia era algo altanera y sabia mantener á sus sirvientes en su lugar, pero concedia cierta supremacia á Lydia por ser hija de una antigua camarera de la señora Formentin; por lo tanto escuchaba sus habladurias con bastante calma.

Corre esas cortinas, dijo ella con sequedad.

Luego se sentó lejos de las ventanas y estuvo hablando entre sí todo el tiempo que duró su tocado.

Ved aquí lo que la señora de Varennes se decia mirando su graciosa imagen en cuatro espejos puestos con arte para causar efecto.

¿Será para contemplar mis ventanas para lo que ese desconocido arrostra el frio y el viento norte? ¿Será para verme y procurar oirme para lo que va errante por la nieve hace ocho

días? Eso es enojoso, triste y comprometedor... ¿Y si yo en esta soledad llamo la atencion, de qué evaciones no sería yo objeto en París? Verdaderamente no todo son rosas en la vida de una jóven y no se porqué hay tanto deseo de ser hermosas. ¡Es un don muy funesto la hermosura puesto que nos atrae tales admiraciones.

(Se continuará.)

MOVIMIENTO CATOLICO.

La Memoria trimestral de la obra de las misiones de Africa, contiene el reglamento de los zuavos misioneros, soldados cristianos que acompañan á los misioneros, para defender en caso necesario las caravanas, contra los ataques de los salvajes, y acude de una manera conmovedora á la adhesion de los flamencos.

Africa cuenta doscientos millones de habitantes todos infieles, y la mayor parte idólatras. Hace 4,200 años que la cruz está casi desterrada de este magnifico continente, que en otro tiempo contaba con 800 Obispos ilustres, tales como San Agustin y San Cipriano.

Bajo el nombre de Misioneros de Africa, se han reunido hombres valerosos, para emprender la conversion de los desgraciados habitantes de estos territorios, sepultados en las tinieblas de la idolatría: veinte misioneros partieron de Argel para el Africa Central, y otros diez, custodiados por cuatro zuavos belgas, los han seguido. M. Paaps, Vicario de San Andrés, pertenece al número de los que cuidan de esta obra.

Tambien España tiene allí celosísimos misioneros; tambien España podía dar impulso á las misiones, á mayor gloria de Dios y bien de las almas, y con honra propia.

Pero el Sr. Albacete entendió en una circular tristemente célebre, que corría mas prisa abrir las puertas de Fernando Póo á los metodistas ingleses, que si no ganan almas para el cielo, podrán, con el tiempo, sanear y habilitar una factoría mas para el comercio de la Gran Bretaña.

Sumamente consolador es contemplar la humildad y sumision con que los hijos extraviados de la Iglesia que en un momento de delirio se separaron del regazo de tan solícita Madre, vuelven á sus amorosos brazos, y arrepentidos y confusos, abjuran sus errores y confiesan que solo en el Catolicismo se halla la verdad y la salvacion.

El Sr. D. Tulio Gomez ha aumentado el número de esos valerosos cristianos que no se desdennan en manifestarse tales, haciendo pública profesion de sus creencias religiosas, y convirtiéndose en sus mas abnegados defensores.

Así lo manifiesta la siguiente retractacion fechada en Cartago de Colombia:

«En los momento en que el Ilmo. Sr. D. Carlos Bermudez, Obispo de esta diócesis, marchaba al destierro, escribi en Febrero de 1877 una hoja que circuló impresa con el título de «Por qué los espulsan.»

»En esta publicacion, cuyo fin primordial era aplaudir el decreto de expatriacion de los Obispos, entre otros ataques á la Iglesia católica, negué al Vicario de Jesucristo la primera de sus prerogativas, que es su infalibilidad en materia de dogma y de moral universal.»

«Como hoy, lejos de profesar los errores y herejías de entonces, me he incorporado nuevamente al gremio de la santa Iglesia, en cuyo seno me glorio de haber nacido y espero mo-

rir, me arrepiento de aquellas ofensas y protesto contra todos mis errores; así lo declaro de mi libre y espontánea voluntad, á fin de reparar públicamente el escándalo del mencionado escrito. —TULIO GOMEZ.»

EL INCORRUPTO CUERPO DE SAN FRANCISCO JAVIER.

Con fecha 10 de Diciembre, un venerable Prelado misionero escribe la siguiente interesantísima carta:

«Goa 10 de Diciembre.

»Me apresuro á dar á Vds. la noticia de mi peregrinacion al santuario del gloriosísimo Apóstol de las Indias San Francisco Javier, cuyo cuerpo, milagrosamente incorrupto, se ha expuesto á la veneracion de los fieles.

»No hablaré de los viajes, labores, virtudes y milagros de nuestro Santo, ni de su muerte el 2 de Diciembre de 1552 en la isla de Sancian, la antecámara de China, con la que quedó saciada su sed de almas. Solo recordaré algunos hechos históricos.

»El cuerpo del Santo fué á su muerte metido en una caja, donde se echó cal viva para apresurar su descomposicion, con el objeto de que pudiese ser llevado pronto á Malacca; pero al abrir la caja el 17 de Febrero de 1553, despues de dos meses del enterramiento, se halló el cuerpo incorrupto; y como se le hiciera una cisura en la pierna, brotó de allí copiosamente sangre fresca, hecho que se repitió el 23 de Marzo del mismo año, cuando se colocó el cuerpo en la iglesia de Nuestra Señora de Malacca.

»Lo mismo sucedió en Agosto, despidiendo además el cuerpo una suavisima fragancia. El 15 de Marzo de

1554 se trajo el cuerpo á Goa y se colocó en la iglesia de San Pablo, de la que solo se conserva la fachada; de dicha iglesia, en 1560, fué trasladado á la capilla de Santo Tomás, y de allí á la casa de profesos del Buen Jesús.

»El 3 de Noviembre de 1614 se le cortó un brazo por orden de Paulo V, que deseaba poseer lo que habia restaurado la iglesia de Oriente, y tambien en esta ocasion manó del cuerpo sangre fresca, hallándose hoy el brazo en la iglesia de Jesús, de Roma. El cuerpo desde entonces ha permanecido en la iglesia del Buen Jesús, habiéndose ofrecido á la veneracion de los fieles desde el 9 hasta el 12 de Febrero de 1782, y desde el 3 de Diciembre de 1859 hasta el 8 de Enero de 1860.

»Tampoco hablaré de los milagros que en esa época ocurrieron, y que, debidamente examinados, se han declarado tales por la autoridad eclesiástica.

»El celosísimo arzobispo de Goa, Agra de Ornellas y Vasconcellos, quiso que la ceremonia de la presentacion del cuerpo fuese imponente, é invitó á concurrir á ella al señor obispo de Jaffna, al de Hydrabad, á Mons. Meurin, S. J., vicario apostólico del Norte de Bombay, á los Rdos. Padres Pagani y Colman, que vinieron embarcados en el «Alabama.»

»Recibidos afectuosamente por el Arzobispo, y alojados en su palacio, oímos Misa los tres primeros dias del mes en el altar de San Francisco, en presencia de su cuerpo, todavía encerrado en la preciosa caja, pero ya dispuesto para colocarlo en las magníficas andas en que debia ser trasladado á la iglesia.

»El dia 3, á las ocho, se formó una imponentísima procesion, que salió de la catedral hasta el altar del Santo,

y de allí con el cuerpo, hasta el santuario del Buen Jesús.

»Cuatro Obispos estábamos en la Misa pontifical, y los cuatro, con mitra y capa, acudimos al acto de levantar la caja. ¡Qué momento...! Al abrirse se presentó el cuerpo del Santo, y con él patentísimo el milagro, á los ojos de miles y miles de almas que cubrian por completo la iglesia y se renovaban á cada paso.

»Por de pronto, yo no pude observar el efecto en la muchedumbre, porque no podia separar mi vista de la cabeza, la mano y los piés del Santo, que estaban al descubierto, pues que el resto del cuerpo se halla cubierto con una riquísima casulla bordada de oro y perlas. Véase aquel cuerpo tal como estaba hace tres siglos, cuando, lleno de vida, convertia á millares y millares de almas, y besé con santa veneracion una vez y otra sus plantas, que á tantas partes llevaron la Buena Nueva.

»El pié derecho está intacto; el talon, la planta, los dedos, las uñas, los músculos y tendones se hallan en perfecto estado, aunque de un color plumizo; el pié izquierdo tiene el dedo segundo cortado, y los tres pequeños partidos; la piel del talon separada en partes, mostrando la conservacion de los tendones.

»La mano izquierda se conserva en perfecto estado con todos sus dedos, y estos con las uñas; en la mejilla derecha, y en una parte de la nariz, se nota alguna pequeña imperfeccion; pero todo lo demás de la cabeza, y con especialidad los ojos, en asombroso estado de conservacion; cosa que solo se explica milagrosamente, pues que, lejos de haber sido embalsamado el cuerpo, se quiso activar la natural descomposicion, y ha estado por muchos años en los sitios mas húmedos.

»¿Qué extraño es lo que ha sucedido? Los católicos, como lo son la inmensa mayoría de los goanos, gracias á Portugal, sienten avivarse su fé, y las lágrimas atestiguan su amor y su arrepentimiento; los protestantes y los paganos, ante este *milagro que habla*, que predica, que muestra la verdad, la reconocen, la proclaman y abandonan sus errores. ¿Quién podrá contar las conversiones que el cuerpo de San Francisco ha producido en los cuatro dias que ha estado espuesto á la veneracion de los fieles?

»¡Honor y gloria al Santo español, al hijo de la siempre heroica Navarra! En cuanto á nosotros, dejamos á Goa, despues de haber presenciado el maravilloso honor que el Altísimo concede á nuestro hermano, llenos de consuelo y estímulo para seguir los pasos del gran Apóstol de Oriente, que es lo que constituye nuestro único deseo y toda la ambicion de nuestra vida.»

CIENCIAS, ARTES, INDUSTRIA.

El arte de descubrir los manantiales.

(CONTINUACION.)

Segun Democrito, la direccion subterránea de las aguas se manifiesta por la existencia de ciertas plantas, que él describe detalladamente, como son: el *oloschomus*, el *butoma*, el agrostide, la sagitaria, los juncos tiernos que crecen en grupos espesos, y otras; sobre todas el *equisetum* y el ranunculo. Estas plantas deben criarse allí naturalmente y no por haber sido allí plantadas. Si se crien raquíticas y se mustian con facilidad, el agua corre á

poca profundidad; si por el contrario se crian lozanas y pujantes es indicio cierto de aguas profundas y perenes.

Al examen de dichas plantas, recomienda el filósofo griego, el estudio de la naturaleza del terreno y espone las condiciones favorables y adversas. Finalmente en el caso de que por las distintas señales el higrómetro conjeture la existencia de un manantial en un punto dado, Democrito le aconseja como última prueba, hacer cavar allí un hoyo de unos tres codos de profundidad. Hecho esto, se atarán juntos dos ó tres vellones de lana fina colocándolos en el fondo de un bote de plomo de figura emisférica, y cuyas paredes interiores habrá antes dado de aceite: colocará luego el bote boca á bajo en el fondo del hoyo y lo cubrirá de hojas de caña ó de otras yerbas y sobre ellas una capa de tierra fina de un codo de espesor. Esta operacion deberá practicarse á la puesta de sol. Al dia siguiente se quita la tierra, se quitan con cuidado las yerbas y se vuelve el bote. Si la lana está húmeda y si á las paredes del bote se ven adheridas gotas de agua, puede con certeza asegurarse que el agua no está á gran profundidad.

Las reglas de Democrito están corroboradas por Passamo y por otro autor antiguo del que se encuentra un fragmento en las Geopónicas de Casiano Basso. Este segundo añade de suyo otros nuevos indicios como el de los vapores que en algunos puntos salen de la tierra al amanecer, y los mosquitos que se levantan en columnas á los primeros rayos del sol. En el verano cuando el tiempo está sereno y el terreno seco, verá el higrómetro á eso del medio dia, elevarse desde esos mismos sitios una neblina ligera; y lo mismo se observará en los grandes frios del invierno, pero estos vapores serán más ligeros que los que

salen de los rios, de los estanques y de los pozos.

De las obras de los griegos sacó Vetrúvio las reglas de arquilegía espuestas por él en el libro VIII de su arquitectura, y se reducen á lo que dejamos espuesto, salvas pocas que añade entre las que es de notar la de que cuando se haya hallado una fuente, deben cabarse otros pozos al rededor y reunir las aguas á un solo manantial por medio de conductos subterráneos.

Plinio el viejo, Palladio y Casiodoro, citan con desprecio las enseñanzas de Vetrúvio y de los griegos; con posteridad en los siglos siguientes hasta fines del décimosexto nadie se ocupó de esplanar ó de aumentar su número. En el último período del reinado de Luis XIV, adquirió gran fama el ingeniero Coupled con el hallazgo de varios manantiales y en particular por los de Coulanges, de Auxerre y de Courson, pero las reglas que él seguía en sus investigaciones ni él ni otros nos las dejaron escritas.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

ILUSTRACION MODERNA.

Dice un periodico:

«Las autoridades de Mondoñedo han prohibido una velada literaria en honor de la Inmaculada Concepcion»

¡Viva la libertad!

¡Ah! Se nos olvidaba añadir que la Constitucion dice que la Religion Católica es la del Estado.

No faltaba quien creyese en Roma que el cadáver de Avezzana seria entregado al comité masónico de cremacion de cadáveres, constituido dias

pasados en una lógia. ¡Que si quieres!

Se trata de hacer el *experimentum in corpore vili*. Ya han sido puestos cuatro cadáveres de pobres gentes á disposicion del comité.

¡Oh, la democracia!...

No se habrán olvidado nuestros lectores de la famosa causa de la disolucion del matrimonio del héroe Garibaldi con la Raimondi. Causa que debe ser fallada uno de estos dias por el tribunal de apelacion de Roma.

Pues bien; una de las razones en que se fundan Garibaldi y sus abogados para pedir la anulacion del matrimonio, es que el matrimonio *rato* y *non consumato*, segun las leyes canónicas aplicables al caso, por efecto del Concordato de 1855, que regia en Lombardia en Enero de 1860, cuando Garibaldi se casó con la Raimondi, puede ser disuelto por el Pontífice. Y habiendo las autoridades judiciales italianas sucedido al Pontífice, pueden usar del mismo derecho que éste. Y lo que es más grave, el público ministerio defiende la misma opinion, y sostiene que constando ser el matrimonio en cuestion *rato* y *non consumato*, la disolucion del mismo era un acto de jurisdiccion del Romano Pontífice, que la jurisprudencia concorde de todos los tribunales reconoce pertenecer hoy á las autoridades judiciales.

En virtud de lo que los *buzzurri* deben tener tambien el derecho de dar la bendiccion papal, nombrar Obispos y Cardenales, etc., etc.

¡Ah, bárbaros!

De una carta de Roma copiamos lo siguiente:

Aunque los tales conservadores nacionales no se convenzan á tres tiros, no está demás el recomendarles la última obra de Cesar Cantú, inti-

tulada *Los últimos treinta años*, en la cual el insigne historiador pinta de mano maestra las fechorías de los italianismos.

Juzgando la obra revolucionaria en Roma, dice que se reduce «á derribar imágenes sagradas, invadir iglesias y arrojar por el suelo las santas hostias, insultar Prelados, herir alumnos de las escuelas eclesiásticas, apedrear las redacciones de los periódicos clericales; declamar y publicar ineptias impregnadas de bilis contra el Papa, las cosas sagradas, la santa poesía de la misericordia; absolver á los asesinos de viejos gendarmes pontíficos y de frailes, y repetir en los periódicos que todos estos delitos son añagazas de los clericales.»

Hace Cantú acabadísimo elogio de la firmeza de Pío IX y dice del Papa actual:

«Leon XIII gime sobre la apostasía de la sociedad moderna... recomienda á los que tienen en las manos las riendas de los pueblos que no desprecien el apoyo que solo la Iglesia puede ofrecerles en los inminentes peligros; protesta contra los obstáculos que el gobierno italiano pone á la independencia del poder espiritual; espera la resurrección de las iglesias orientales y el término de las persecuciones en Alemania y en Rusia, y aspira á restablecer en las relaciones entre la Iglesia y el Estado el acuerdo y la tranquilidad. Docto y conciliador, pero firme, tiende á reanudar las relaciones con las potencias, pero *sin abdicar ningún derecho*, ni justificar la iniquidad, ni hacer concesiones al error.»

De la Italia una, dice Cantú, que no tiene importancia política, que no es amada de los extranjeros, que la Cámara del Montecitorio es inmoral y el Senado inepto, que los ayuntamientos son ridículos, que el país está abru-

mado con los tributos, y dominado por la *Mafla* y la *Camorra*, y que, perdido el sentido moral, se vá perdiendo el sentido comun. ¡Y tan inícuca obra es la que quieren los conservadores que el Papa reconozca como santa y buena.

—

¡Cuán *felices* son los pueblos bajo los gobiernos impíos!

La miseria continúa haciendo estragos en París. El lunes de esta semana, á las diez de la noche, más de cien obreros, llevando cogidas por las manos á sus mujeres y á sus hijos, se presentaban en una prevención declarando que, hallándose sin asilo, trabajo ni pan, querían ser detenidos como vagamundos.

El jefe de la prevención se negó á recibirles sin orden superior, y entonces aquella bandada de pobres hambrientos se dirigió al comisario de policía del distrito, á quien expusieron su demanda. El comisario accedió á ella, y á estas horas, hombres, mujeres y niños se hallan en sus respectivas cárceles.

—

¡GLORIAS PATRIAS!

Recuerda *El Correo Militar* que en la sucursal del Banco de España en Barcelona, existe un depósito de 40.000 duros destinados á erigir un monumento en aquella capital, que perpetuase las victorias alcanzadas por el ejército en la memorable campaña de 1859 y 1860 contra el imperio de Marruecos.

Como han transcurrido cerca de veinte años y pudiera suceder que nadie se presentase á recoger dicha suma, ruega al señor ministro de la

Guerra disponga lo conveniente á fin de que la cantidad de referencia se aplique al objeto para que fué destinada, ó á otro análogo.

FABULA INDIA.

Un dia llovió tanto en el pais de Kausoon-Mapoor, que los rios se salieron de madre y los lagos y los estanques se desbordaron.

Por todas partes se veia correr á los animales hácia las montañas para escapar de la muerte.

Sabed, los que me oís, que Brahma ha querido que con la lluvia se purificase el agua, tan necesaria al hombre.

Y que el agua que cae del cielo es la única de que los santos eremitas pueden servirse para sus abluciones.

Ahora bien: un elefante que se dirigia apresuradamente hácia la montaña, porque el peligro era inminente aun para los animales como él, vió á una pobre ardilla que lanzaba chillidos de terror, agarrada á la rama de un árbol que las aguas arrastraban.

Movido á compasion, sujetó la rama con su poderosa trompa, de la cual se sirvió la ardilla como de un puente para ir á sentarse entre las dos orejas del coloso.

Así caminaron todo el dia, y llegaron por la tarde á una parte del pais no invadida por la inundacion.

Era á orillas del mar, y en todo cuanto alcanzaba la vista, ni señal de yerba se veía.

—¿Cómo haremos para comer? dijo el elefante á su compañera: nada hemos ganado con salvarnos del agua, si hemos de morir de hambre.

—Nada temas, le contestó la ardilla: aunque es verdad que no hay

yerba por aquí, en cámbio hay cocoteros que nos darán sabroso alimento.

—Por desgracia, prosiguió el elefante, sabes que ese árbol desafia mis fuerzas, cediendo siempre y no rompiéndose nunca, ¿cómo quierés tú que yo pueda coger un fruto y cortar unas ramas que se encuentran á tanta altura?

—Haciendo lo que yo, contestó la ardilla.

Y en dos ó tres saltos, el pequeño animal se encaramó á lo alto de la verde copa del cocotero.

—Héte aquí que me abandonas, dijo tristemente el pobre elefante: para eso no valia la pena de que yo detuviera el tronco de árbol que te llevaba.

Pero al decir esto, un gran coco, cuyo tallo habia roido la ardilla, vino á caer á sus piés: despues cayó otro, y otro, y luego cayeron otros en tal cantidad, que aun despues de haber satisfecho su hambre el elefante, le quedó una buena provision para el dia siguiente.

Cuando hubo comido, el elefante dijo á su amiga:

—¿No encuentras extraño que un animal tan pequeño como tú, haya podido dar de comer á uno tan grande como yo?

Y le contestó la ardilla:

—Eso prueba que en este mundo necesitamos muy á menudo á los que son mas pequeños que nosotros.

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

VALENCIA:

Imp. de Cárlos Verdejo, Almirante, 3.
1880.